

EDICIÓN DE MIL EJEMPLARES NUMERADOS.
LOS VEINTICINCO PRIMEROS EN PAPEL ESPECIAL.

00852 *

STUDIORUM
CANARIENSIVM
INSTITVTVM



REG. SANCTI
FERDINANDI
VNIERSITATIS

DON FÉLIX NIETO DE SILVA, EN CANARIAS

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

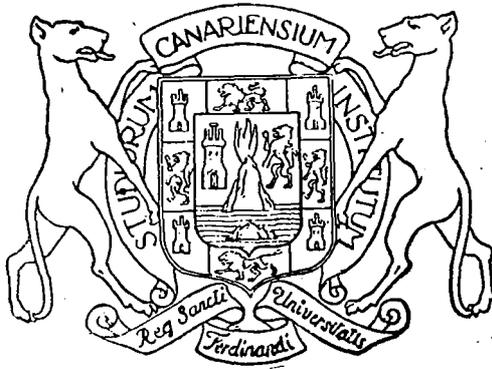
CONFERENCIAS Y LECTURAS

SECCIÓN II: LITERATURA, ARTES PLÁSTICAS
Y MÚSICA

VOLUMEN VIII: (SEC. II: NÚM. 7)

MARQUÉS DE LOZOYA

DON FÉLIX NIETO DE
SILVA, EN CANARIAS



LA LAGUNA DE TENERIFE

1948

Es propiedad
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
La Laguna, 1948.

LITOGRAFÍA A. ROMERO S. A.—SANTA CRUZ DE TENERIFE.

NOTICIA PRELIMINAR

La biografía que ha trazado el Marqués de Lozoya de Don Félix Nieto de Silva que a su título de Capitán general de mar y tierra de las Canarias unía durante su mando en el archipiélago los de caballero de la Orden de Alcántara, Patrono del Colegio Mayor de San Ildefonso en la Universidad de Alcalá, Sargento general de Batalla, General de la Artillería, del Consejo Supremo de Guerra de Su Majestad, Gobernador y Presidente de la Real Audiencia de las Islas, nos recuerda la simpática figura del Conde de Guaro—título éste que usó entre nosotros—, que ha dejado una gratísima memoria en las Afortunadas, hasta el punto de que el mejor, acaso, de los poetas canarios de la época afirmase que sería eterna en los corazones isleños.

Por feliz coincidencia la figura prócer de D. Félix ha sido exhumada por el Marqués de Lozoya, a quien las Islas tuvieron ocasión de conocer en el verano de 1943, pues si los canarios debemos a Nieto de Silva favores inolvidables y delicadas finezas, también somos deudores al Marqués de Lozoya, de elogios semejantes y servicios valiosos, aunque de distinta índole, complaciéndonos en registrar aquí su apoyo e interés por nuestro arte y nuestra cultura, reflejados tanto en el espacio que les concede en su monumental "Historia del Arte Hispánico", sacándoles así del reducido ámbito local en que hasta entonces se movían, como en las monografías que ha publicado en revistas, y en el apoyo que tan generosamente presta a las diferentes instituciones culturales del Archipiélago.

Don Juan de Contreras desarrolla ante nuestros ojos la vida del Capitán General Conde de Guaro en relación con su mando en las Islas Canarias, apoyándose en las Memorias que de su vida escribiera con el título de "Milagros de la Virgen de la Peña de Francia", y que ya tuvo presente nuestro polígrafo don José de Viera y Clavijo al tratar del Conde en sus elegantes "Noticias Generales Históricas", ofreciéndonos un índice de su interesante contenido y dándonos un extracto, incluso, del capítulo en que el General narra el episodio del hundimiento de su carruaje "de seis caballos morcillos", en la laguna de Agüere, anécdota realmente llena de color local.

El Marqués de Lozoya nos refiere lo que pensaba el Conde de Guaro de los canarios—los mejores caballeros, más corteses, atentos, bizarros y más cabales—; justo es que consignemos la opinión que los canarios tuvieron del General, considerándole como un verdadero padre,

al que tanto historiadores como poetas coinciden en hacer objeto de sus alabanzas, no mostrándose los canarios propensos a prodigar esta suerte de elogios para quienes les han mandado como capitanes generales, casi siempre en pugna con la isla de su residencia y en muchas ocasiones en lucha abierta con ella, llegándose por el Cabildo de Tenerife, años antes del mandato de Guaro y con ocasión de negociar con la Corona las condiciones en que la isla satisfaría el famoso impuesto del uno por ciento, a pedir al Rey que se suprimiese este mando en las islas y que se volviesen las cosas al régimen antiguo, en que las Canarias eran regidas por la Real Audiencia y no por la Capitanía general, cuyos titulares además de empuñar el bastón militar desempeñaban el cargo de presidentes de aquella. Posteriormente a Guaro, en que volvió a reiterarse tal pretensión, hubo generales como Bonito y Valhermoso en cuya época las luchas fueron terribles, llegándose por la Corona a crear una Real Junta de los negocios de Canarias en casa del Conde de Siruela para el despacho de las representaciones, recursos y quejas que llovían sobre la Corte, y todavía en una casa patricia de La Laguna, la ciudad entonces capital que iba a la zaga en este empeño, se conservan los retratos de estos dos generales debidos al príncel del pintor local Rodríguez de la Oliva, con unas cartelas alusivas a la gestión de estos personajes, que por su crudeza es de presumir fuesen posteriores a la ejecución de aquellos, ya que no cabe sospechar que fuesen colocados de tal guisa en presencia de sus violentos modelos.

Pero Nieto de Silva, como decimos, fué una excepción, acaso compartida a distancia por algún otro jefe. El mismo nos cuenta que la Corte le retuvo en su cargo al frente de las islas, porque durante su mandato no se habían promovido aquella suerte de disturbios y reclamaciones que acompañaban la gestión de sus predecesores. El poeta fray Andrés de Abreu, también excelente prosista, nos cuenta en su elegante "Vida del Venerable Siervo de Dios fray Juan de Jesús", consagrada al hermano lego del poético convento franciscano de San Diego del Monte, extramuros de la Ciudad y orillas de la laguna donde naufragara el coche de Guaro, que el General gustaba de encerrarse con los pobres a quienes besaba los pies después de vestirles, obligándoles severamente a guardar el secreto. Rasgos como éste, si como es de presumir se ajustaban a la realidad, harían de Don Félix un modelo a los ojos de sus subordinados y del pueblo entero y nos explican la consternación de todos al conocerse la marcha del General, expresada en aquella canción popular, recogida por Viera, que cantaban los chicuelos por las calles de La Laguna, al divulgarse la triste noticia:

*Cuájese la mar salada
y don Félix no se vaya.*

Don Félix no sólo mereció el elogio del mejor de nuestros prosistas clásicos, solo acaso superado por Viera,—en cuyo caso la frase sería igualmente válida porque el propio historiador de Canarias se deshizo en

elogios de Guaro—sino de un poeta a quien el mismo historiador apellidó el Calderón canario. Nos referimos a don Juan Bautista Poggio y Monteverde, autor de unas inspiradas loas, eucarísticas y marianas, especies de autos sacramentales y barroco escritor. El romance que Poggio dedicó a la ausencia del Capitán general Conde de Guaro es hermosísimo y de él publicó ya las dos primeras coplas (ocho versos) Viera y Clavijo, reproduciéndolas en su biografía del poeta el cronista palmero don Juan B. Lorenzo y Rodríguez y finalmente recogidas con el resto del romance en la versión íntegra que del mismo nos ofrece don Agustín Millares Carlo en su “Biobibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias”. Tal romance figura inserto en un viejo manuscrito que hemos encontrado y cuya edición tenemos ultimada, no siendo el único que Poggio dedicara a Guaro, en contestación a unas sentidísimas *Endechas* originales del propio general y escritas con ocasión de su partida. Afortunadamente las endechas de Guaro se copian en el manuscrito referido, ejecutado por don Francisco de Briones, uno de los acompañantes del General en el momento de hundirse su estufa en La Laguna, acreditando a su autor como poeta de discreto numen.

Si la memoria que Nieto de Silva ha dejado en la historia política canaria es gratísima, no lo es menos en cuanto se relaciona, siquiera ocasionalmente, como acaba de verse, con las letras canarias, no siendo el último de sus servicios, a título póstumo, el que haya suministrado asunto al Marqués de Lozoya, para escribir, con tan galana y sugestiva prosa, un episodio de nuestra historia afortunada, aumentando así las páginas que lleva consagradas a enaltecer a nuestras islas en aquello que sin duda tienen de más valioso: la expresión de su espíritu, manifestado en su caso a través del arte y de las letras, y la calidad moral de sus habitantes, de la que si Guaro fué descubridor, Lozoya, caballero de raza, a la par que escritor insigne, es entusiasta panegirista. El biógrafo que a Nieto de Silva le ha tocado en suerte es tan digno de él como uno y otro lo son, por diferentes conceptos, de la gratitud de cuantos, habiendo tenido la fortuna de nacer en estas penas, hacemos votos por que siempre pueda decirse de nosotros, los canarios, lo que en buen hora escribió Nieto de Silva, por que ello será prenda segura de que no hemos desmerecido de nuestro rango y de que nuestro natural generoso ha encontrado una ocasión propicia para manifestarse.

ANDRÉS DE LORENZO-CÁCERES.

La Laguna, 30 de Noviembre de 1947.

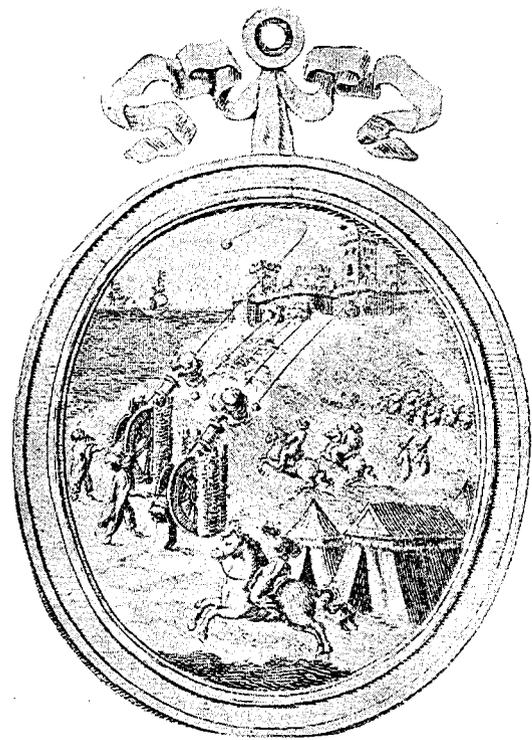




Reproducido de la "Historia y milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia, con las indulgencias concedidas a los cofrades y a las personas que visitan dicha imagen."—Salamanca.—Mathias Gast. 1567.



I



II

SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA DE FRANCIA

Detalles del antiguo altar mayor.—I: “Atrabiesan con una Espada á D. Felix Nieto de Silba gran devoto de Nra. Sra. encomiendase á ella, y sale con vida entre mas de 500. Caballos Enemigos Portug.^s”.—II: “El año de 1688. sitiaron los Moros á Oran: su Capitan General D. Felix Nieto de Silba encomienda la defensa de la Plaza á Nra. Sra. y defiende la Ciudad que agr.^a la Vo.^{to} p.^r su Patr.^{na} y defensora”

Cuando el Maestre de Campo Don Félix Nieto de Silva, Caballero del hábito de Alcántara, fué designado por segunda vez para el mando general de las Islas de Canaria, ostentaba ya una larga carrera de servicios militares y civiles, que habían sido, a su entender, parcamente recompensados. Cuando murió, algunos años más tarde, ostentaba los títulos de Marqués de Tenebrón y de Villafiel, Conde del Arco y de Guaro, Vizconde de Alba de Tajo, Señor de Villanueva de Mesía y de la Higuera, Alcalde y Juez del Real Soto de Roma, concedidos unos a su propia persona por el señor Don Carlos II y obtenidos otros *jure uxoris* por su matrimonio con Doña María Elvira de Loaysa. Fué además, en sus postrimerías, del Consejo Supremo de Guerra de S. M., Gobernador y Capitán General de las plazas de Orán, Mazalquivir y Reinos de Tremecén y Túnez y Justicia Mayor en todas estas partes. Su larga relación de títulos, de acuerdo con la pompa barroca con que agonizaba el siglo XVII, hubiera constituido una magnífica papeleta de defunción si tal género de fúnebres avisos hubiera estado en uso en la España de los Austrias.

Aun con toda esta larga retahilá de honores y con sus muy notorios servicios el nombre de Don Félix se hubiera hundido en la espantable fosa común del olvido, que ha devorado a personajes de más alta categoría, si no hubiera tenido el acierto, en su vejez, de escribir unas discretas y amenas memorias de su vida, cuyo manuscrito se conservaba, a fines del pasado siglo, en el archivo de los Duques de Moctezuma. Una copia de estas memorias, con el inexacto título de "Milagros de la Virgen de la Peña de Francia", salió en Madrid a la venta y fué adquirida por el apasionado bibliófilo Don Antonio Cánovas del Castillo, especialmente goloso de lo concerniente al reinado del Señor Don Felipe el IV, del cual fué historiador insigne. Sin duda a iniciativa del propio Cánovas, la Sociedad de Bibliófilos Españoles publicó el manuscrito original con el título, más apropiado, de "Memorias de D. Félix Nieto de Silva, Marqués de Tenebrón", en bella edición que salió de los tórculos madrileños de Ginesta en el año de gracia de 1888. El libro fué doctamente prologado por el mismo Don Antonio Cánovas del Castillo, la persona más capacitada por sus peculiares estudios para aquilatar cuanto hay de útil en las confesiones del olvidado militar y político del último período austriaco.

Son los libros de memorias rarísimos en la bibliografía española y mucho más en la época en que el Marqués de Tenebrón fechó las suyas. Parece como si la espontánea entrega al público del misterio de la propia vida fuese difícil a la gravedad hermética y austera del genio español. La vida de un español del siglo XVII era un perpetuo diálogo entre Dios y el alma, fiel a veces y a veces ingrata a la gracia divina, pero en la cual el pensamiento de la divinidad jamás estaba ausente y entregar al libre juicio del pueblo tan recónditas intimidades pudiera parecer profanación. Por otra parte, el público hispano ha sido siempre severísimo en condenar toda propia jactancia y exigía de sus héroes que fuesen tan largos para cometer hazañas como breves en su relato. Ha habido siempre—y más en aquel momento del siglo XVII—en el ambiente español cierta dureza, cierta propensión a la burla y al sarcasmo, que hacen penosa la confidencia. Un personaje que ha pasado la vida, como la etiqueta y el uso lo requieren, en celar cuidadosamente sus propias emociones, en procurar que no salga al exterior el grito de su corazón dolorido, difícilmente se lanzará a confiar sus intimidades al escándalo del papel.

Pero a D. Félix le dolía que muriese con él el recuerdo de sus hazañas que, en el secreto de su conciencia, estimaba dignas de ser salvadas del olvido. Y acudió para ello a un sencillo truco que, como veremos, no era nuevo: el de dar a sus confidencias la forma de testimonios de gratitud a la asistencia con que Nuestra Señora de la Peña de Francia—de la que era el Marqués devotísimo, como nacido en el ámbito de su más fervoroso culto—le había acudido en tal o cual necesidad o peligro. De esta manera podía el autor explayarse contando sus hazañas, sus réplicas afortunadas y aun sus rasgos de ingenio, a veces con tal nimiedad que atribuye al favor de la venerada imagen hasta el invento de un chiste, demasiado libre para ser de inspiración celestial, sin descender del gran pedestal de su modestia. Pero este inocente subterfugio tiene, a lo menos, una ventaja: la sinceridad de un testimonio que reviste muchas veces carácter de confesión. Don Antonio Cánovas, el prologuista confiesa esta impresión de sinceridad que las memorias le produjeron. “Las proezas de D. Félix—escribe—son a no dudar, singularísimas; pero leídas en su libro es difícil dejar de creerlas, con tamaña ingenuidad están contadas, y tanto carácter de veracidad tienen todos los detalles”.

Acaso el antecedente inmediato de este libro sea el que escribió algunos años antes (empleando el mismo sistema de dar gracias a Dios y a su Santa Madre por algunos de los sucesos de su vida) el famoso Presidente de Castilla Don Francisco de Contreras, Comendador Mayor de León y que fué publicado por Colmenares como apéndice a sus “Vidas de escritores segovianos”, agregadas a la supuesta segunda edición de su “Historia de Segovia” fechada en Madrid en 1640. Tenía el Marqués algún deudo con el severo juez de Don Rodrigo Calderón, pues su hermano

el pendenciero Don Luis había casado con una hija de Don Fernando de Contreras, primo del Presidente. No pudo conocer Don Félix Nieto de Silva a este personaje pero sí es muy posible que leyera su autobiografía que corría impresa y que de ella, consciente o inconscientemente, tomase la idea que le permitía relatar sus hazañas en forma tan devota y comedida. Pero si fué su modelo el escrito del caballero segoviano, es preciso reconocer que Don Félix lo amplió y mejoró notablemente. En lugar de la antipática sequedad del texto del inflexible Presidente hay en las memorias "a lo divino" del Marqués de Tenebrón, algo de espontáneo, de jugoso y de vivo que hace de cada uno de sus breves capítulos un documento inapreciable para conocer lo más entrañable de la vida española de las postrimerías del siglo XVII, en vicios y virtudes desmesurada y espantable.



La Laguna, 23 de Marzo de 1683.



La Laguna, 9 de Abril de 1685.

Don Félix era hijo de otro Don Félix Nieto de Silva y de Doña Leonor de Saá y Coloma, que fueron luego Condes de Alba de Yeltes, de familia ilustrísima y muy hacendada en la raya de Portugal. Debió de nacer en Ciudad Rodrigo, pues en su iglesia de las Descalzas, donde la familia tenía sus enterramientos, recibió las aguas bautismales el día 19 de Julio de 1635. De ascendencia portuguesa por los linajes paterno y materno y nacido tan cerca del reino lusitano, la fortuna había de hacer que Don Félix gastase lo mejor de la juventud guerreando en el solar de sus mayores. Sobre su familia, además de los documentos del archivo de Moctezuma que consultó Cánovas del Castillo, hay noticias de interés en la genealogía que de los Marqueses de la Lapilla escribió el cronista Rodrigo Méndez Silva y que se conserva en la Biblioteca Nacional.

Era Don Félix hijo segundo y su niñez y su primera juventud que pasaran entre Ciudad Rodrigo, Salamanca y Zamora, fueron oscurecidas por la sombra, no ciertamente benéfica, de su hermano mayor Don Luis, que llevaba el título de Vizconde de San Miguel. Fué, a lo que parece este caballero uno de los más terribles espadachines de la Corte de Felipe IV; mujeriego, matón y perdonavidas como tantos otros hidalgos de carne y hueso que fueron modelos para el tipo literario de Don Juan Tenorio o Don Félix de Montemar. Nombrado Corregidor de Zamora, cargo que desempeñó de 1651 a 1653, fueron tan enormes sus desafueros que aún estaban vivos en la memoria popular cuando Fernández Duro escribía sus memorias históricas, a finales del siglo XIX. Nuestro Don Félix, que apenas había salido de la niñez, le asistió en algunas de sus tropelías, y,

a consecuencia de una de ellas tuvo un desafío con el Regidor zamorano Don Alonso Palomino de los Ríos, a quien propinó dos cuchilladas de las cuales estuvo el infortunado caballero a punto de muerte. El Marqués de Távora, que mandaba las tropas fronterizas, desterró de la ciudad al arriscado muchacho, pero apenas había vuelto las espaldas cuando Don Félix volvía a ella cobijado al amparo fraternal. No siguió; sin embargo, Don Félix Nieto de Silva las huellas del Vizconde. Por su fortuna anduvo siempre empleado en lances guerreros o en cargos políticos en que emplear la exuberancia de su naturaleza. Aun cuando sus memorias no nos dejen ver sino el lado más favorable de su carácter, de ellas se deduce que no fué un santo, pero sí un soldado valiente y un gobernante honrado que se mantuvo, en sus costumbres, dentro del tipo medio de su patria y de su tiempo. A ello contribuyó también el que la buena inspiración de la Virgen de la Peña de Francia le hizo muy temprano dejar la soltería, tan peligrosa en su temperamento y tomar estado. Hasta tres veces casó Don Félix: la primera con Doña Jerónima de Cisneros y Moctezuma, de la cual tuvo varios hijos; la segunda con la Condesa de Torrejón, con la cual no hubo descendencia y la tercera con Doña María Elvira de Loaysa, Condesa de Guaro, hija única de los Marqueses de Villafiel, Condes del Arco, que le dió sucesión. Estos matrimonios le convirtieron, de segundón, sin otra fortuna que su espada, en caballero titulado y principal, con lo que pudo mantenerse con rumbo y decoro en los gobiernos de Alcántara, Cádiz, Canarias, Sevilla y Orán que le fueron concedidos sucesivamente. Por Real Decreto de 17 de Mayo de 1690 el Rey Don Carlos II premió sus servicios con el título de Marqués de Tenebrón. Muy pocos meses más tarde, el 25 de noviembre del mismo año, fechaba, el flamante Marqués, el manuscrito que estamos comentando y el 11 de febrero de 1691 rindió su alma a Dios, en la misma ciudad de Orán que con tanto acierto y valor venía gobernando y defendiendo.

En un estilo desenfadado y natural, no exento de lo que llamaría Fray Luis de León "desafeitada elegancia", propio de hombre que no era escritor de profesión, pero que no carecía de letras—Don Félix había cursado, a lo menos, gramática en Salamanca—, el Marqués de Tenebrón va glosando aquellos pasajes de su vida que venían bien para su intento confesado de dar gloria a Nuestra Señora de la Peña de Francia y con el íntimo, acaso subconsciente, de que no se perdiesen en el olvido sus propias hazañas. Era desde luego el caballero, devotísimo de esta veneranda imagen, cuyo santuario, situado en un risco de la cordillera carpetana, atalayaba sus propias tierras patrimoniales y acaso con su personal influjo y con el de sus escritos contribuyó a que su culto se extendiese por todo el orbe hispánico. En el más remoto dominio del Imperio, en las Islas Filipinas, tomó un poblado el nombre de la Peña de Francia, que tenía dedicadas sendas calles en Madrid y en Lisboa y la plaza de Orán la tuvo por patrona, acaso por influjo de su devoto gobernador.

Podrían repartirse los sesenta y un capítulos que con breves prólogo y epílogo componen el libro, en tres secciones, no totalmente separadas, sino que se entrecruzan muchas veces, pues con frecuencia el anciano Marqués hace punto para traer a cuento algún suceso de diversa especie que su ya flaca memoria había olvidado consignar. La primera de estas series se refiere a sucesos de su infancia y de su vida familiar y es documento inapreciable para conocer interioridades de una casa hidalga de su tiempo, en la que se vivía una vida a la vez etiquetera y llana. En su lectura se advierte cuán dura y descuidada era la crianza de los hijos de los caballeros, que haciendo diabluras y cosechando chichones templaban el ánimo para futuras hazañas. El Don Félix debió de ser de niño de la piel de Satanás y Nuestra Señora de la Peña de Francia tuvo hartito que hacer para sacarle con bien de sus travesuras. Alguien ha observado la poca atención y la escasa ternura con que los niños eran mirados en nuestro Siglo de Oro. De ello hay en nuestra literatura clásica innumerables testimonios que estas memorias vienen a confirmar. Los angelitos nacían y se iban al cielo, a veces a consecuencia de algún desaguado, sin que a sus deudos les importase cosa mayor. Así en la primera de sus confesiones cuenta Don Félix que habiéndose tragado él mismo un alfiler cuando tenía cuatro o cinco años, sus lloros inquietaron al padre, que dormía la siesta y todo lo que se le ocurrió decir al digno caballero, al saber la causa, fué esta orden:

—Pues vayan a las Descalzas a abrir los entierros.

La segunda serie —y la más interesante— de las memorias, es la que se refiere a la actuación del autor en la guerra de Portugal. Era simplemente Don Félix en este tiempo Capitán de Caballos y estuvo de guarnición en puestos fronterizos. Ningún reflejo hay en su prosa de las grandes batallas que consolidaron la Independencia portuguesa, ni para nada tiene en cuenta los sucesos diplomáticos o militares que la ayudaran. El Caballero cuenta lo que vió, en el ámbito muy reducido en que se movía: pequeñas escaramuzas, correrías de frontera, asaltos o defensas de puestos poco importantes. Sus pequeñas estampas tienen, sin embargo, todo el color y el movimiento de aquellos cuadros de combate que por entonces pintaban los holandeses y en cuyo género sobresalió el valenciano Esteban March. Lo primero que nos sorprende es el espíritu hazañoso y aventurero del joven Capitán de Caballos, que debía por entonces tener más corazón que cabeza. Hay en algunos de los hechos referidos cosas difíciles de creer y de las que no cabe, sin embargo, dudar, por ese “no se qué” que se desprende del relato que inclina al crédito. “O el suyo es el lenguaje de la verdad—escribe Cánovas—o no se ha usado en este mundo jamás”. Pero la lectura nos deja la melancolía de advertir de qué pródiga manera se ha derrochado el valor de España, no solamente en las empresas afortunadas, sino más aun cuando la negaba sus favores la fortuna. No eran inferiores los soldados de Don Luis de Haro a los del Du-

que de Alba, del mismo modo que hubo en las campañas de Morillo en Venezuela gestas comparables a las de Hernán Cortés. Pero la Providencia que señala a cada pueblo su hora triunfal o desdichada, había puesto en el corazón de los portugueses del XVII, como luego en los americanos del XIX, el sentimiento incontenible que hace libres a los pueblos.

Otra lección histórica que se desprende de las memorias de Don Félix es el carácter de guerra civil que tuvo aquella contienda entre portugueses y castellanos, que tuvo por funesto resultado la separación moral de Portugal del bloque de los pueblos hispánicos, al cual había venido perteneciendo desde sus orígenes. Los oficiales de ambos ejércitos habían sido, poco antes, compañeros de armas y muchos de ellos habían servido al mismo Rey y se habían encontrado en la Corte o en los campamentos. Los soldados de una y otra parte invocaban en sus riesgos a Nuestra Señora de la Peña de Francia, a la cual se tenía tanta devoción del lado de allá como en el lado de acá de la frontera, aun imprecisa. De aquí la cortesía y aun la camaradería con que españoles y portugueses se trataban cuando los azares de la campaña daban lugar para ello. ¡Dichosa edad y dichosos siglos aquéllos en que aun la cortesía y la caballerosidad eran las normas que regían las relaciones del vencedor con el vencido y no se había inventado la calificación de "criminal de guerra" que, como en el antiguo Oriente, entrega a aquel a quien ha sido adversa la fortuna de las armas al juicio implacable de su propio adversario; cuando al Marqués de Espínola érale permitido acoger al defensor de Breda con un gesto amistoso y humano y el general portugués Pedro Jaques de Magallanes pudo tener con Don Félix el comedimiento amable que él mismo refiere cuando fué a tratar de la rendición del fuerte de Lumbrales! Por pasaje de novela se podría tener el gesto de nuestro héroe cuando, prisionero y puesto en libertad bajo palabra, se obstinó en volver a su prisión, aun cuando las cosas se habían puesto tales que corría su vida gravísimo peligro. Aun en aquella guerra los que seguían las banderas de Felipe IV o las de Juan IV se tenían por españoles, y solamente después de muchos años de hostilidad perdieron los portugueses conciencia de serlo.

No siempre es fácil el precisar con mucha exactitud la cronología en las memorias del Marqués, pues éste iba apuntando los favores de Nuestra Señora de Francia un poco a la buena de Dios, según se iba acordando de ellos, pero parece seguro, si las circunstancias que refiere son exactas, que fué nombrado para el gobierno de Canarias en agosto del año de 1675. Era a la sazón Maestre de Campo de Extremadura y Gobernador de Alcántara y estaba casado en segundas nupcias con la Condesa de Torrejón. Ciertas urgencias familiares le llevaron a Salamanca y de allí pasó a Madrid, donde el Condestable de Castilla, que era a la sazón Presidente del Consejo de las Ordenes, le dió la noticia de que ha-

bía sido propuesto para General de las Islas de Canarias y, en efecto, el día siguiente recibió el nombramiento y se dedicó a las acostumbradas visitas de gracias y a los preparativos de un viaje que entonces, como luego veremos, no estaba exento de peligros. Detuvo y perturbó sus propósitos un curiosísimo suceso, página singular de las memorias, que nos prueba cuál era el clima espiritual de la España de Carlos II. Fué el caso la reiterada aparición de la primera mujer de Don Félix, Doña Jerónima de Cisneros a una de sus mozas de cámara, llamada María, que había quedado en Alcántara con la Condesa de Torrejón y el resto de la familia, implorando no sólo ciertos sufragios sino también con especial empeño que Don Félix acudiese a Extremadura a tener con ella una entrevista. Contestó Don Félix, no sin lógica, que, puesto que él andaba tan ocupado con sus negocios, y al alma de Doña Jerónima le era igual acudir a una parte que a otra, que viniese ella a verle a Madrid, pero la difunta dama, por medio de la vidente, se obstinó en que la entrevista había de celebrarse precisamente en Alcántara. Entre estos dares y tomares de ultratumba se pasaron algunos meses hasta que, al cabo decidió emprender el viaje y llegó a Alcántara, obediente a la extraña llamada en la tarde del 28 de octubre. Como es natural, el viaje fué en vano, pues aunque la criada visionaria aseguraba que su antigua señora andaba a su lado, el turbado caballero nunca alcanzó a verla ni a oírla. Todo paró en embelecocos de una moza embaucadora o enferma si es que, como en otros casos semejantes del reinado de Carlos II, no se mezcló en algún tanto la política. El día de Todos los Santos de aquel año entraba triunfalmente en Madrid el bastardo Don Juan de Austria que, sin que sepamos las razones, mostró siempre ojeriza a Don Félix. El desconfiado ministro sospechaba que nuestro caballero hubiese participado activamente en la real o supuesta conjuración del Buen Retiro para atentar contra su vida y vínole bien al injustamente acusado el poder probar, por medio de cartas escritas desde Alcántara, el que se encontraba en la villa extremeña en los mismos azarosos días a que se referían las sospechas de Don Juan.

Cuando el Maestre de Campo tenía hechas todas las diligencias para embarcar en Cádiz con la Condesa y con su hija Teresa, dejando en Madrid a su hijo Don Antonio, le llegó a Alcántara un pliego del Duque del Infantado en que le avisaba de que S. M. le había hecho merced del gobierno de Cádiz, con lo cual quedó por entonces suspendido el viaje a las Islas Afortunadas. Gobernó Don Félix con gran tino en tiempos difíciles la ciudad andaluza y al cabo de cuatro años de gestión afortunada vino a sustituirle el Duque de Ciudad Real. Viudo ya de la Condesa de Torrejón y casado en terceras nupcias con la de Guaro, vino a establecerse en Madrid. Era en el tiempo de la privanza del Duque de Medinaceli y Nieto de Silva se las prometía muy felices de la amistad del privado, con quien le unía además un remoto parentesco. En este punto vino un día a visitarle un caballero, que al cabo resultó echadizo del Ministro

y el cual, en tanto tomaban chocolate le anduvo contando cómo andaba vaco el cargo de general de las Islas Canarias para el cual había treinta y tantos pretendientes, por las grandes conveniencias del cargo y terminó su conversación con estas palabras:

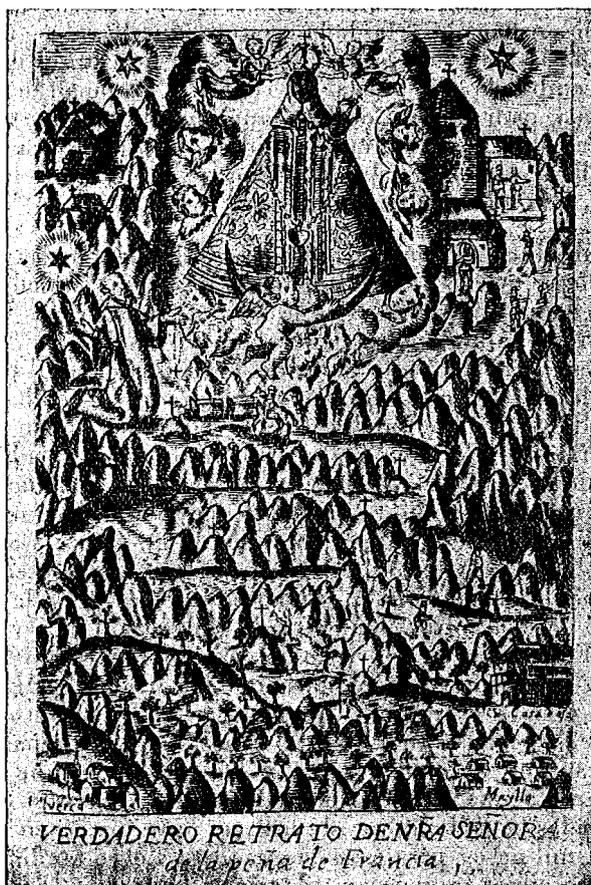
—“Este era un bravo puesto para Vuestra Merced”.

No lo entendió así Don Félix, que picaba más alto y le contestó desabrido. Pero por la tarde como se encontrase casualmente en una función de Iglesia con el mismo personaje, éste le quiso hablar con toda reserva y en el coche de Nieto de Silva, a deshora y en la soledad del Prado alto le confesó que el mismo duque de Medinaceli le había enviado para sondearle y que ahora claramente le decía que las islas andaban muy revueltas con su actual gobernante y se temía algún alboroto. “Y como aquietar aquellos naturales importa tanto—decía el mensajero—no se ha discurrido en sujeto más a propósito que Vuestra merced para salir de este cuidado”. Aun cuando se le apretaron los tornillos en lo posible Don Félix se resistió hasta lo último y persistió en su negativa. Al cabo de dos días tuvo que hacer al privado una visita de cortesía. Al final de ella, Medinaceli le habló reservadamente insistiendo en que aceptase el gobierno, se negó Don Félix en términos de quejoso y salió con ánimos de no volver a pisar la casa del Duque, pero un par de días después (22 de julio de 1680) le volvió a llamar con toda premura. Esta vez, sin dar lugar a excusa, le comunicó la orden de S. M. de que pasase sin demora al gobierno isleño. “Yo confieso que me quedé muerto....—escribe Don Félix—y es cierto que para mí fué uno de los grandes trabajos que tendré en mi vida”.

Eran diversas las causas del disgusto con que Don Félix acataba la orden Real. Primeramente—y esto era esencial en hidalgo tan puntilloso—él se consideraba con méritos para un mando de los que entonces se juzgaban de mayor categoría en Flandes, en Italia, en América o en cualquiera de los dominios cuyo gobierno el Rey de España aún podía repartir. El traslado era, además, difícil y costoso, no exento en aquellas calendas de peligros de diversa índole y las noticias que el caballero había recibido sobre su nuevo gobierno tenían poco de halagüeñas. Canarias tenía en la Corte, a la sazón, mal ambiente. El antecesor de Don Félix en el mando, que era el general Don Jerónimo de Velasco, dejaba el país dividido en dos facciones, la de sus partidarios y la de sus enemigos, que se combatían sañudamente. Las informaciones que llegaban a Madrid habían hecho cundir la idea de que aquel paraíso terrenal estaba poblado por “gente la peor del mundo, cavilosos, chismosos y poco seguros”, hasta el punto de que ninguno de los gobernantes hasta entonces enviados había salido sin proceso.

La travesía vino a justificar los peores pronósticos. El nuevo general embarcó en Cádiz con la Condesa de Guaro, su esposa, que iba en

cinta, hacia el 2 o el 3 de diciembre de 1680, en un navío de los que hacían el comercio de Hamburgo con las islas, cuyo flete tuvo de costo tres mil y quinientos reales de a ocho. A los diez días de navegación, que era fiesta de Santa Lucía, sobrevino tormenta y el mar se embrave-



Reproducido de Juan Gil de Godoy.—“Compendio historial en que se noticia la admirable invención de la imagen de N. Sra. de la Peña de Francia, hallada por... Simón Vela. Daña a la estampa el Prior y Convento... de tan gran Santuario... Salamanca.—Lucas Pérez. 1685.”

ció de suerte que el buque corrió serio peligro de perderse. Los Condes y los criados, todos gente de tierra adentro que nunca se había visto en tales andanzas, se confesaron devotamente y se prepararon a bien morir. Don

Félix acudió en el trance a su advocación favorita y arrojó al mar un trozo de un manto de Nuestra Señora de la Peña de Francia. “La noche, —escribe— se pasó con gran trabajo y horror, por que el aire era terrible, los mares horrendos, y fueron tales las ráfagas de viento que nos arrancó la vela mayor“. La Condesa, en trance tan apurado, hizo una promesa que hoy nos parece difícil de creer: la vida de su única hija, que había quedado en España y la de la criatura que llevaba en su seno. El tiempo abonanzó algo y cuatro días después— a los catorce de travesía—, pudieron desembarcar en la isla de Tenerife. A poco llegó carta del Conde del Arco, padre de la Condesa, anunciando la muerte de la niña, que había quedado a su custodia, coincidiendo casi la fecha de la muerte con el desembarco de los pasajeros. Algún tiempo después la dama dió a luz otra niña, que murió a los seis meses.

Pero, desde aquel punto fueron todo bienandanzas y Don Félix tuvo que confesar que le habían engañado de medio a medio sus informantes. Los habitantes de las islas se le mostraron la más leal, cortés y apacible gente del mundo y su general no tuvo sino que dar continuas gracias a Nuestra Señora de la Peña de Francia que a tal país le había traído y que le fué sacando lucidamente de todos sus embargos. Fué el primero la difícil situación que le creaba la permanencia en el país de su antecesor Don Jerónimo de Velasco. Para juzgar su residencia acudió un visitador de la Audiencia de Sevilla. Moviéronse los bandos rivales en pro o en contra del acusado y Don Félix, en medio de unos y de otros, hubo de acudir a sus ya probadas dotes de diplomático. Como buen caballero pensó que debía hacer lo posible en favor de su antecesor aunque éste, estimulado por su facción, dificultó muchas veces la defensa. No tenemos, que yo sepa, otros elementos de juicio para juzgar la larga gestión de Don Félix Nieto de Silva como general del archipiélago que sus escritos, pero hay razones psicológicas que, indican que aun cuando en defensa de la gestión propia son las memorias en este punto puntuales y exactas. En el aspecto militar atendió sobre todo a la reparación de las fortificaciones, muy descuidadas y con las cantidades que le dieron la Ciudad de La Laguna y el Obispo, comenzó las obras y consiguió de Carlos II ayudas considerables, de manera que quedasen consignados cada año dos mil pesos para estas atenciones. Logró también el general que aquellos servicios se tuviesen “por de guerra viva“. También obtuvo de la Corte para los naturales diez años de permiso para poder comerciar en Indias. Con la aportación de los vecinos en dos años y medio quedó la marina del puerto de Santa Cruz en disposición de repeler cualquier ataque de corsarios.

Hubo en aquellos dos años grandes hambres y el general tuvo que imponer su autoridad para impedir los abusos que se cometían en la venta del pan. Con sesenta mil reales que Don Félix sacó de las arcas del

fisco y con las medidas de los diputados, el Capitán Juan Manuel Delgado y Don Lorenzo Pereira, la situación fué llevadera por espacio de dos años, pero al tercero parecía imposible conjurar el hambre, ya que persistía la esterilidad y estaban agotadas todas las reservas. Fué gran fortuna en el trance, el que Don Félix tuviese prevenida en los fuertes gran cantidad de bizcocho para las necesidades de la defensa. Aquel bizcocho repartido a razón de libra por persona y día por los caballeros diputados, salvó la situación hasta la nueva cosecha, que fué abundante.

De su gobierno feliz y pacífico Don Félix apenas consigna otra cosa sino favores concedidos por Nuestra Señora de la Peña de Francia a él mismo o a personas que, por su consejo, se encomendaban a la Virgen de las serranías salmantinas. De estos devotos relatos copiamos a guisa de apéndice el que se refiere al vuelco que la estufa o coche ligero del general sufrió en La Laguna, para dar alguna muestra del estilo literario de la curiosa autobiografía y por que nos da un curioso paisaje lagunero—de cuando La Laguna justificaba verdaderamente este nombre—que no carece de color. Aunque la estancia en las islas le resultaba, según propia confesión, gratísima, parecía que se iba demorando demasiado, con gran perjuicio de su carrera política y militar. Háblale prometido Medinaceli mejorarle de puesto al año y medio y hacía ya cuatro del accidentado viaje que le trajo a las Afortunadas sin que siquiera se le concediese la licencia que tenía pedida. Como nuestro personaje tenía una idea bastante favorable de su propio valer, pensaba que, pues en el tiempo de los anteriores gobernantes los Reales Consejos tenían tanto que hacer con las islas y ahora las veían tan pacíficas, dejaban estar las cosas haciéndose los remolones y pareciéndole injusto que lo que debía favorecerle parase al cabo en su perjuicio, escribió a Medinaceli “con harta desahogo“. Aun cuando el Duque concedió la licencia a Don Félix y proveyó su puesto, y tuvo ocasión de embarcar en una de las fragatas inglesas que desde Cádiz vinieron en corso a Tenerife, por estar la Condesa embarazada demoró la salida hasta su liberación. A fin del verano de 1684 dió a luz la dama un heredero a los estados de Villafiel, del Arco y de Guaro y el 17 de septiembre en un navío inglés, tan velero que desde Cádiz “se puso en Tenerife en tres días y medio, que nos hizo gran novedad cuando lo supimos, por que lo regular de ese viaje son ocho, diez o doce días“, Don Félix Nieto de Silva dejó con su familia el país que le había acogido tan benigna y graciosamente. No hay duda de que no vería alejarse aquella tierra maravillosa que durante cuatro años había gobernado sin una suave melancolía.

Para descargo suyo podía decir que salía de las islas con más honra que provecho. “Yo confieso mi pecado—escribe—yo salí empeñadísimo de Canarias, hasta la plata labrada vendí; y según mi cuenta, ida, estada y vuelta, me costó cuarenta mil ducados, además del útil del puesto“. A

esta pérdida había que añadir la mucha más considerable que suponía el abandono de sus haciendas. Pero volvía con un heredero de su nombre y sin duda su orgullo nobiliario se sentiría satisfecho. El viaje, rumbo a Málaga, fué feliz hasta cerca del puerto, pero allí sorprendió a los viajeros tal temporal que el navío se vió en gran peligro y Don Félix hubo de acudir a su recurso de arrojar al mar un pedazo del manto de Nuestra Señora de la Peña de Francia. Amainó la tormenta y el día de San Francisco de 1685, Don Félix y su familia saltaban a tierra "libres de los trabajos del mar".

Cualesquiera que fuesen su honradez y su buen deseo, la estancia en Canarias de Don Félix Nieto de Silva, en la cual no hubo ningún suceso digno de mención, apenas merecería ser recordada si no fuese por una circunstancia que da a sus memorias un interés singular. Desde un siglo antes otros escritores, generalmente no españoles, habían divulgado por el mundo civilizado las singularidades geográficas del archipiélago: el efecto maravilloso de la cumbre nevada del Teide sobre el mar, la belleza de las vegas, los extraños ritos de los antiguos habitantes, pero Don Félix fué el descubridor de los valores humanos de las islas, entonces como ahora menos ponderados y conocidos de lo que debieran. Nadie como el aguerrido Maestre de Campo ha exaltado con tanto entusiasmo la bondad de condición de aquellos naturales, en que se unen la melancólica dulzura de los guanches con la cortesía y la finura espiritual de Castilla. "En mi vida he visto, escribe, mejores caballeros, ni más cortesanos, ni más atentos, ni más bizarros, ni más garbosos, ni más cabales; que yo me admiraba de ver que no habiendo salido de aquel rincón los más de ellos, parecía que todos se habían criado en la Corte". No solamente a los hidalgos, sino a los vecinos más humildes alcanzan los elogios del Maestre de Campo: "La gente plebeya, pobrísima, pero bonísima". Un sentimiento de dulce gratitud embargaba todavía a Don Félix cuando ya muy viejo, escribía sus memorias: "No pondero lo mucho que debí a los canarios, por que aseguro quedara corto en cualquiera ponderación, por que es increíble la fineza y atención que les debí". Estos elogios no nacen de una pluma demasiado ponderativa, antes bien, en todo el texto ni una sola vez se expresa en términos semejantes hablando de otras gentes. Don Félix, a lo largo de sus andanzas y de sus cargos se había hecho un fino catador de hombres y su honrada naturaleza encontró en las Islas un ambiente propicio.

En cambio no parece que fneran de su gusto los paisajes isleños. Hasta el romanticismo, las montañas y el mar no son comprendidos por la sensibilidad europea que se complacía exclusivamente en prados, florestas y jardines. Tenía que transcurrir un siglo hasta que el Barón de Humboldt se rindiese de admiración ante las vegas de Orotava, tendidas entre el Teide y el mar.

APÉNDICE

Yo estaba en Canarias ya con alguna impaciencia, porque habiéndome dado el Duque de Medina, cuando vine a ellas, palabra como caballero de sacarme de allí dentro de año y medio, no me la cumplió; y aunque yo así que pasaron dos años pedí licencia, tampoco me la dieron; yo lo atribuyo a que como aquellos parajes han dado tanto que hacer a los Consejos, y en mi tiempo dispuso nuestra Señora no tuviese el Consejo qué hacer, me parecía a mí que me detenían por esta causa, y me impacientaba de que me atrasase lo que en mi concepto debía adelantarme, y escribí una carta al Sr. Duque con harto desahogo, porque había ya cuatro años que estaba allí. Y mientras viene la respuesta, que fué bien discreta, contaré lo que me sucedió una tarde.

Yo tenía una estufa bien aseada, con lindos vidrios, y un tiro de seis caballos morcillos, que todo lo había hecho venir de Londres, y una tarde me entré en ella con tres caballeros, que eran D. Estéban de Llerena Calderón, D. Francisco de Briones y el Capitán Juan Manuel Delgado, y salimos a La Laguna. Había llovido mucho y La Laguna estaba muy hermosa; todo aquel sitio es pradería, y como es llano estaba con mucha agua; de modo que el suelo no se veía por dónde íbamos, y sólo se veían las cabecitas de las hierbas, y como sabían los cocheros era aquello tan llano, iban muy confiados; los caballos los guiaba el cochero del arquilla; pasaron los de adelante muy bien, y al pasar el de la mano del tronco que pisaba muy bien, se debió de apartar algo a la derecha del camino que llevaban los otros de adelante, con que se hundió; el cochero arreó los otros, el caballo debió de poder hacer hincapié con la ayuda de los otros y de las guarniciones y salió; y así que salió el caballo, se hundió la rueda de adelante y dió la estufa un grande envión; pero el cochero se dió tan buena maña, que salió la rueda, y nosotros dijimos *¿qué sería esto?*

El aire era mucho y venía por la derecha, con que llevábamos levantadas las vidrieras de aquel lado y bajas las del otro; apenas salió la rueda de delante, cuando cayó en el hoyo la de atrás, y aquí dió la estufa tan grande envión, que creí se volcaba, y dije:

—¡Virgen de la Peña de Francia!

El cochero, viendo se le volcaba la estufa, arreó los caballos, y subió la rueda de atrás hasta el borde del hoyo, de modo que casi se enderezó, pero como los caballos tiraron con violencia, y la viga de la estufa con lo torcido de la rueda hacia abajo se puso de forma, que se salió la clavija maestra y salió el tiro con el juego de adelante al galope, y se llevó consigo arrastrando al cochero agarrado a las riendas; y como faltó la clavija a la estufa, volvió hacia atrás, cejando sobre la rueda derecha y se volcó sobre la misma mano. Yo saqué el medio cuerpo por la ventana de la vidriera, que iba baja en el lado izquierdo, puestos los pies sobre la otra puerta que estaba debajo, y tuve la fortuna de que el medio pié quedó sobre el marco de la vidriera y el talón sobre el vidrio; y al querer salir quebré la vidriera con los talones, que la oí crugir, y salí y púseme sobre la viga de la estufa, porque había mucha agua. Los otros tres quebraron las dos vidrieras de los lados y salieron por donde yo había salido, porque no había otra parte por donde salir, y puestos sobre la viga todos cuatro nos trajeron un caballo en que iba mi hijo D. Antonio y se desmontó; y uno a una fuímos a lo seco a desmontarnos, y todos nos reíamos y decíamos viendo nuestro suceso (y el cochero, un tiro de pistola en el suelo largo de nosotros, y el sota cochero parado con el juego de delante y el tiro) *¿qué es esto, señores? parece encanto*; porque ni nosotros ni los cocheros, nadie sabía lo que había sido aquello.

A la bulla llegaron unos labradores de la ciudad, y como nosotros decíamos:

—Pues aquí, ¿cómo se puede haber volcado la estufa?

Dijeron ellos:

—Señor, aquí hay un pozo que hizo Fulano para dar de beber al ganado, y con las muchas aguas se ha rebosado.

Y entonces dijimos:

—De buena hemos escapado.

Y entonces reconocimos que el haberse salido la clavija maestra que nosotros la juzgamos quebrada, había sido por lo que torcía arriba la viga al subir la rueda de atrás al borde del pozo.

Este es caso que cuando lo refiero es diciendo: *¿es creíble que yendo cuatro en una estufa los volcasen dentro de un pozo y que no se mojasen?* y todos lo imposibilitan, y entonces digo yo: *pues a mí me sucedió.*

Arrimáranse los labradores de esta parte del pozo, y como tenía tanta agua no se hundió; estaba sobre ella y unos de un lado y otros del otro la sacaron fuera; y así que se puso derecha se le cayeron a pedazos los tres vidrios quebrados; que en mi juicio fué este otro milagro: porque quebrarse los tres vidrios de género que así que se levantó la estufa no

quedó ni una migaja de ellos, y no haber entrado ni una gota de agua por las quebraduras, parece no puede ser sin particular misericordia; no haberse hundido la estufa con nosotros, que si lo hubiera hecho, como parece se debiera creer con el peso de cuatro hombres, nos hubiéramos ahogado, y haberse quedado como boya encima del agua, que fué lo que nos salvó, bien se vé claro que es piedad de Nuestra Señora de la Peña de Francia, único remedio y amparo de todas mis necesidades. A la estufa no se la quebró nada más que los vidrios y esos nosotros los quebramos; el cochero con haberle arrastrado los caballos todo aquel trecho, no se hizo mal; con que nos volvimos a meter en la estufa y nos fuímos a casa.

Bendita sea la Virgen de la Peña de Francia y su misericordia.

